

(02053)

Una denuncia y un hat-trick

López había comprado, en sociedad con Basáñez —su hombre de confianza en el holding López&Asociados—, la imprenta del semanario local La Tribuna de Mospintoles, periódico gratuito que llenaba sus páginas con ecos de sociedad, noticias del ayuntamiento y anuncios por palabras.

Habían adquirido por separado las máquinas y el local donde éstas se alojaban. Basáñez, un lince en materia de especulaciones, había enviado sendos testaferros que no eran otros que empleados de la gestoría que dirigía aparte de su cometido de asesor en el holding. Los propietarios habían pretendido enjaretarles, junto con el local, un apartamento situado justo encima de los talleres que hacía las veces de oficina.

Los dueños del semanario, que cerraban angustiados por saldar sus deudas, vendieron a la baja las máquinas —ya amortizadas— como lote residual de los activos de la empresa. En cuanto al inmueble, el supuesto comprador remoloneó a la hora de adquirir el apartamento, siguiendo órdenes de Basáñez, que previamente se había informado del estado financiero de los propietarios.

Éstos, que no acababan de creerse la suerte que estaban teniendo, y desconociendo la naturaleza del próximo negocio que se instalaría en los talleres, calcularon que el apartamento no tendría buena venta por separado, por lo que accedieron a medio regalar aquellos metros cuadrados ubicados en la zona antigua, donde comenzaban a proliferar los negocios nocturnos, deshaciéndose así de todo un pasado que les ataba.

Lo que Basáñez había propuesto a López era reabrir la imprenta y orientarla a trabajos personalizados para las empresas de servicios que se hallaban instaladas en Mospintoles y alrededores: la cartera de contactos de Basáñez era todo un activo en manos de este emprendedor clarividente. López, por su parte, pensaba crear un órgano de comunicación del Rayo de Mospintoles y aprovechar la compra para dar salida a diversos trabajos de comunicación del holding.

No les fue difícil conseguir que el Consejo de Gerencia de Industrias López&Asociados contrataran en exclusiva con la nueva imprenta, dada a conocer como La Nueva Tribuna, a efectos de mantener la clientela anterior.

Los antiguos dueños, cuando vieron que su propio negocio se reabría con celeridad y aires renovados, se quedaron con un palmo de narices... Y como había dicho Basáñez, se situaban en la recta de salida de un nuevo sector. No les iba a ser complicado a ambos ejecutivos hacer productiva su idea; el cliente mayoritario de este negocio privado era el grupo de empresas que regían a su antojo.

López cumplió su promesa a Teresa y reemplazó al amigo de su joven amante, pero al frente de la dirección de La Nueva Tribuna colocó a Susana Crespo, la joven periodista con ganas de comerse el mundo y por la que López se sintió interesado más allá de lo profesional en su primera entrevista.

Susana era un valor mediático por descubrir y, tímidamente al principio pero pronto con soltura, introdujo cambios que dieron como resultado que el órgano de comunicación de la sociedad anónima en que por imperativo legal se había transformado el club adquiriera gran notoriedad y peso en la comarca, con lo que López la había nombrado directora de comunicación —*dircom*— del equipo de fútbol profesional.

López estaba encantado teniendo a Susana a tiro de reunión con cualquier pretexto y había empezado a descuidar a Teresa. La waterpolista, que algo se olía —después de todo Mospintoles no es tan grande— supo mantenerse en silencio al lado de López y decidió jugar sus bazas cuando llegara el momento.

Susana compaginaba su trabajo en La Nueva Tribuna con sus colaboraciones en El Heraldo —un diario comarcal integrado en un grupo mediático de empresas de ámbito nacional— y con sus intervenciones en la emisora de radio. Con el transcurso del tiempo y con su buen hacer Susana se estaba labrando un nombre propio en el mundo de la comunicación al sur de Madrid.

Así estaban las cosas cuando aquel fin de semana el empresario jugueteaba en el sofá del salón de su lujoso chalé de la urbanización Los Saúcos con su amiguita, la bella y escultural Teresa, en lo que sin duda era un rito previo al apareamiento, que diría un zoólogo. Teresa le estaba agradeciendo cariñosamente la acción de patrocinio que había conseguido para su club de waterpolo, un deporte carente de interés para la prensa deportiva, cuando vibró el móvil.

López no acostumbraba atender llamadas profesionales en su casa, pero al reconocer el número desde el que le llamaban se puso en pie pidiendo un tanto bruscamente a Teresa que se estuviera quieta:

~Dime Susana...

A Teresa no le pasó desapercibida la voz meliflua que adoptó López y se puso tensa. El industrial, ajeno a estos celos femeninos, pareció concentrarse en lo que le decían:

~Bueno, sí... Creo que puedo hablar con total libertad...

El mosqueo de Teresa iba en aumento. Ahora se había cruzado de brazos y observaba a López con mirada escrutadora, que emitía unas tontas risitas antes de las pausas.

~¿¡Qué me dices...!?! No me lo puedo creer... Pero esto es una chiquillada... No quiero hablar de eso por teléfono. Mejor reúne la información que tengas y vente para acá... Ya sabes llegar... Bueno, le dices al guarda de la entrada a la urbanización que vienes a mi casa... No lo sé, pero eso no importa; seguro que te reconoce... Está bien. Dentro de hora y media... Hasta ahora, Susana.

López dio media vuelta, buscando con la mirada a Teresa. La delgada morena de larga cabellera, de músculos cincelados en su combate con el agua, estaba con la mano en el pomo de la puerta, aguardando a que López cerrara la comunicación telefónica. Ya se había calzado y tenía puesto el tres cuartos.

—Por lo que he podido oír entiendo que tienes visita. Adiós, López... Me voy —sonrió—. Gracias por todo —y diciendo esto cerró la puerta con cuidado.

López quedó boquiabierto. El “adiós López, me voy y gracias por todo” había sonado como una despedida para siempre. Y por primera vez en mucho tiempo no supo reaccionar. Por unos instantes quedó de pie en el amplio salón-recibidor de su chalé sin saber qué hacer. Para cuando quiso tomar la iniciativa el ruido del motor del deportivo de Teresa le indicó que salía del aparcamiento.

López cogió el teléfono y pulsó una tecla...

* * * * *

En la cabina de control de accesos a la urbanización el guarda dio orden a Teresa de detener su vehículo:

—Señorita, de parte del señor López, me pide que le diga que mañana pasará a recogerla para comer con usted...

—Si me hace el favor, comunique al señor López que no pierda el tiempo porque ya tengo planes —respondió Teresa, sonriente, al guarda de seguridad; metió primera y aceleró suavemente.

“Vaya bombón que acaba de perder el tipo éste. No creo que encuentre otra que se aproxime siquiera a semejante belleza”, pensó el guarda mientras la joven se alejaba en su vehículo.

Se metió en la cabina de control y observó por enésima vez los monitores, por los que vio a sus dos compañeros guiando sendos temibles presa canarios. Luego elevó el volumen de la radio para escuchar la retransmisión de los partidos de la jornada. El Rayo, el equipo de Mospintoles, había jugado el sábado en casa y había ganado por dos a cero. Desde que el Rayo estaba en

segunda parecía que la ciudad había cambiado, como que había un cierto optimismo contagioso por la calle, pensó el guarda.

Acabados los partidos de la jornada, audición interrumpida por las labores rutinarias de su puesto, apagó el aparato de radio mientras veía un pequeño utilitario que se acercaba al puesto de control. El guarda se extrañó, pues allí sólo entraban coches de gran cilindrada. En esas estaba cuando reconoció a Susana y se dijo: “¡Ah!, la periodista del Rayo...”, y saludó cortésmente a la muchacha, que había parado frente a la cabina aguardando a que la barrera fuera elevada.

—El señor López me está esperando —dijo Susana esbozando una media sonrisa.

—Debe haber olvidado comunicarme que la espera, pero no dudo de que será usted bienvenida —y le franqueó la entrada.

Sólo cuando se alejaba el utilitario de Susana calle abajo fue que el guarda ató cabos: “Ondiá... Pues no sabría decir yo si el López sale ganando... A la otra no la iguala, pero ésta tiene un algo... que no sabría decir con cuál de las dos me quedaría... Aunque yo a esta le haría algunos retoques...”. Lo cual no dejaba de ser intrascendente porque el guarda no tenía ni por asomo la posibilidad de elegir entre ninguna de ellas. Cosas de hombres, que se decía antes; machismo radical en estado puro, como se cataloga ahora. De pronto el guarda recordó que no había dado a López el recado de Teresa.

* * * * *

Susana llamó a la puerta del chalé y López abrió con un teléfono inalámbrico en la mano; cuando la invitó a pasar la joven avanzó no sin cierto recelo. Era la primera vez que entraba en casa de López, y nunca le había gustado introducirse en casas ajenas. La otra vez que había estado aquí no traspasó el umbral de la puerta. Tan sólo se había ofrecido a llevar ciertos documentos de La Nueva Tribuna que López debía firmar perentoriamente.

En esta ocasión la cosa no era tan urgente: como periodista había tenido acceso a cierta información que podría perjudicar al Rayo y como *dircom* del equipo su deber era tratar de acallar lo que podría suponer no más de un pasajero desprestigio. Sabía que informando a López con antelación el empresario tenía la capacidad de mover ciertos resortes para que el pequeño escándalo que se cernía sobre el equipo quedara en agua de borrajas. Este tipo de cosas pueden acabar desbocándose, incontroladas, al igual que una pequeña llama puede dar origen a un gran incendio. Pero nunca pensó que se tomara el asunto tan en serio como para invitarla a su casa un domingo.

Al entrar en aquella morada Susana quedó admirada. Solamente el salón-recibidor del chalé de López tenía más metros cuadrados que la vivienda de protección oficial en la que aún vivía con sus padres.

La estancia estaba perfectamente iluminada por grandes ventanales. Al fondo a la izquierda una amplia escalera de herradura partía hacia el piso superior, donde sin duda se encontraban los aposentos. A la derecha de la pared que daba fin a aquel espacio comenzaba un pasillo por el que se accedía a la cocina-office y al garaje, que ocupaba toda la planta baja del chalé.

Todo estaba decorado con exquisito gusto y delicado refinamiento; todos aquellos ornamentos eran proporcionados, en perfecto orden y sintonía, y todo estaba primorosamente limpio. Cada casa tiene su olor particular, y ésta olía divinamente, bien aireada y sin duda con un sistema oculto de ambientadores. Y reinaba una temperatura agradable a pesar del frío invernal.

López la invitó a tomar asiento, preguntando si deseaba tomar algo. Encontró al empresario mucho más distendido e informal del López que ella conocía en los despachos. Y se mostraba contento, estado de ánimo que Susana nunca hubiera sospechado en el industrial. En realidad nunca se había preguntado por la vida privada de López, y ahora estaba ante ella, en su salsa.

Susana, un tanto a la defensiva, y maldiciendo mentalmente por no haber hecho caso aquella tarde de los constantes reproches de su madre por no vestir con más de estilo —siempre enfundada en pantalón vaquero y jersey amplio, ropa cómoda para una mujer activa le contestaba ella— rechazó el ofrecimiento y sacó de un macuto algo retro que llevaba colgado al hombro un par de folios garrapateados con letras grandes y una subcarpeta amarilla con el logo del Rayo, color con que se identificaba en el club los expedientes que correspondían a los jugadores infantiles de los dos equipos de esa categoría que el Rayo tenía en competición federada. En el que sacó estaba escrito a rotulador negro y en grandes letras un nombre: “Joaquín Miravilla”.

López se acercó tras servirse un ron dominicano reserva especial y recogió el dossier al tiempo que se sentaba en el mullido sofá junto a Susana. Lo mantuvo abierto con una mano mientras con la otra movía el vaso en pequeños círculos haciendo tintinear al hielo contra las paredes de fino cristal. Luego apoyó la carpeta sobre sus piernas y pasó a los siguientes folios del dossier, tres en total.

—¿Y cómo ha surgido todo, Susana? —preguntó López cuando acabó de leer.

—Parece ser que el entrenador arenga a los niños con frases del estilo “empléate a fondo que tú tienes clase para estar en primera”. Ha de ser que de tanto repetirlo para él la frase ha perdido sentido pero los críos entienden que con ella se define el potencial real de su juego.

—Una frase así no deja de ser una promesa siempre que el niño confíe en su entrenador —López trataba de empatizar.

—Para cualquier niño su entrenador es dios. Para muchos el entrenador es más importante que su propio padre. El fútbol se vive como una filosofía de vida en los campos de entrenamiento.

—Para nosotros el fútbol no es más que un negocio. Pretendemos que para los niños y sus padres sea una oferta de ocio. No cabe duda de que habrá niños que al correr del tiempo tendrán calidad para dar el salto a las divisiones profesionales, pero es una contingencia que no puede entenderse como una regla a cumplir.

—Yo también entiendo que el niño debe funcionar en el eje estudios-familia, y que el deporte es algo complementario. Pero no es posible llegar siquiera a segunda división si no se destaca ya en estas edades. Y llega un momento en el que el niño, o más bien su entorno, ha de elegir entre centrarse en los estudios o dedicarse al campo de fútbol.

—Eso ya queda en el juicio de cada cual, Susana. No podemos hacer nada si alguien decide que su hijo debe dedicarse en cuerpo y alma al fútbol. Además, sólo dándose ese caso podemos conseguir grandes jugadores, con los que se retroalimentará nuestro negocio.

—Sí, lo entiendo... Pero muchos, la gran mayoría, se quedarán por el camino, y para cuando se den cuenta de que han fracasado ya habrán perdido toda posibilidad de engancharse al tren de los estudios. Para estudiar hay que adquirir el hábito de estudiar: la capacidad de estudio también se entrena. Y no se le puede pedir a un niño de 12 años que se concentre en estudiar tras las eufóricas o angustiosas vivencias del partido del sábado. A muchos les cuesta conciliar el sueño... Tienen síndrome pre y pos-competición, y no son más que niños.

—Pareces especialmente preocupada por ese asunto Susana...

—Lo estoy...

—Me preocupa. Me preocupa que tú estés preocupada por ellos. Tu trabajo, entre otras cosas, supone lanzar nuestros prospectos a través de nuestro órgano de comunicación. Tal vez deberías replantearte si estás preparada para tratar con esos niños sin que ello suponga un menoscabo en el rendimiento del club.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quizá tengamos un niño con más calidad que Piquito en la cantera del Rayo. Para nosotros eso sería una oportunidad de negocio. Lo llevaríamos desde el fútbol de ocio hasta el profesionalismo. Pero si le aconsejaras equivocadamente podrías echar a perder nuestro negocio.

Susana quedó pensativa y recordó aquella malograda entrevista que quiso hacer con Piquito al final de la temporada pasada. Ante el silencio de la joven López continuó su disertación:

—Cada persona tiene derecho a elegir qué hacer con su vida, pero también a tirarla por el retrete.

—Pero un niño no tiene capacidad para elegir qué es lo que más le conviene.

—Lamentablemente en el caso de los niños son los padres quienes deben hacer esa elección. Y a ellos les puede el deseo de una jubilación anticipada, la idea de un retiro dorado administrando las ganancias de su vástago. Pero ese no es nuestro problema, Susana. Las reglas del juego están claras y los padres son adultos y conscientes de ellas. Y debemos dejar que sean ellos quienes elijan por sus hijos.

—No es justo que un niño le dedique “toda su vida”, nunca mejor dicho, al Rayo, o al Real Madrid o al Barça, y luego, o por una lesión, o porque hay otros un poco mejores que él en su puesto, quede fuera del mercado profesional. Se verá con veintidós años sin un duro, lanzado al mundo laboral sin saber hacer nada y sin capacidad ni tiempo para ponerse a estudiar.

—Ese no es nuestro problema. Lo mismo ocurre si a un niño se le antoja ser cantante de rock. Aunque su padre le lleve a los mejores profesores de canto nadie le va a asegurar el éxito en el mercado discográfico.

—El caso es que parece que las palabras del entrenador se tomaron como promesas —cortó Susana que no deseaba dejarse convencer—, y ahora el padre, disgustado porque el niño no juega, pretende demandarnos cuando menos por fraude.

—Lo cual nos devuelve a nuestro asunto de hoy —resituó López, avisado.

—Si le llamé es para evitar el escándalo que parece que nos va salpicar. El padre está buscando quien le entreviste en algún medio de tirada nacional.

—No me extraña; no creo que ningún medio de Mospintoles le publique nada de esta tontería —rió López, que controlaba los medios locales—, incluido El Heraldito —añadió.

—¿También es usted dueño de El Heraldito? —preguntó Susana entre sorprendida y espantada.

—No, ¡qué más quisiera! —López se permitió una mueca con trazas de sonrisa—. Pero varias de nuestras empresas se anuncian ahí, de forma que yo diría que una parte importante de la publicidad de El Heraldito la pagamos nosotros. Y me consta que saben que otros muchos anunciantes les retirarían la publicidad si nosotros les retiramos la nuestra. Accionistas del Rayo, por ejemplo... Media ciudad...

—Parece que la denuncia ya está puesta. El padre entiende que se le ha prometido al niño reiteradas veces que alcanzará una determinada calidad y como ahora ni siquiera va convocado entiende que hay fraude.

—¿Has hablado con Herminio Mediavilla? —López preguntaba por el padre de la criatura.

—El señor Mediavilla ha estado ya en El Heraldito, que es la fuente de donde proviene mi información.

—Herminio Mediavilla es empleado de banca. Si no me equivoco en el mismo banco al que va a volver Segis el alcalde cuando concluyan las elecciones municipales. Sabe que el juicio no lo tiene ganado, aunque sólo sea porque nuestros abogados son mejores —López hablaba con total aplomo en cuanto decía.

—He oído que cuando Segis se reincorpore el señor Mediavilla tendrá que marchar de la sucursal de Mospintoles porque lleva doce años como interino ocupando el puesto vacante de Segis.

—Estoy convencido de que no perderá su puesto de trabajo... A menos...

—Yo de eso no sé nada. Pero sí sé que se ha entrevistado con algún consejero del holding de empresas que usted preside.

—Si te digo la verdad... me parece que Mediavilla se ha cabreado y lo que busca es que su hijo deje el banquillo.

—¿Y no cree que algún juez pueda ver engaño a un menor con promesas incumplidas?

—Supongo que podría haber alguno... Engaño a un menor... Humm... Pero para eso tenemos buenos abogados. Si de verdad estás preocupada por el daño que nos pueda hacer la denuncia mañana lunes vemos a Basáñez y él te dirá que no es más que fuego de artificio.

—Lo que me preocupa es que estemos engañando de verdad a todos esos niños.

López empezó a ver que Susana tenía conciencia. Y que no le iba a ser fácil acabar con su disonancia. Juzgó que había llegado su momento y decidió jugársela:

—En ese caso, Susana, me temo que tendrás que poner tu cargo de directora de comunicaciones del Rayo a disposición del Consejo de Dirección que te ha nombrado.

López se había puesto especialmente serio y Susana sintió un vuelco en su estómago. De pronto, López, que siempre la había tratado con deferencia y cortesía, le estaba insinuando que iba a ser despedida. Precisamente ahora que empezaba a despegar en su carrera... Susana tenía conciencia, sí, pero recordó que cuando empezó en esto del periodismo deportivo se dijo que iba a tener resolución, y que estaría dispuesta a cualquier cosa para triunfar en un mundo que es hostil con mujeres como ella.

—Me lo tendría que pensar... —la joven mostraba cierta picardía en su voz y en sus ojos.

—O eso o serás cesada de inmediato... —y López, que había captado el tono de voz de la chica, rebajó la dureza de la suya hasta exhibir un deje en el que iba sobreentendido la segunda intención de cuanto vendría a continuación— ...en cuanto yo ponga en su conocimiento tu... rebeldía.

—Oh, lamento no haberme sabido explicar con claridad, señor López —el brillo en los ojos de Susana y la media risita con la que hablaba delataban que se hacía cómplice del doble sentido que adquiría la conversación—. Lo que he pretendido decir es que deberíamos hacer algo más por nuestros niños...

—Humm... —y López se acercó más a Susana para hablar en un tono de voz próximo al susurro—, ahora no lo sé... ¿Cómo podría fiarme de ti? Deberías darme una prueba de tu... lealtad a la causa.

—¿Qué tipo de prueba, señor López? —dijo Susana mientras se recostaba por primera vez en el cómodo y amplio sofá.

—Si me sigues llamando señor López me va a ser difícil invitarte a cenar...

—Pero si ni voy vestida para la ocasión, señor López —protestó melosa y quedamente Susana.

—¡Ha, ha, ha, ha! No me llames señor López, que eso me pone tenso, y no puedo cenar tensionado —López había puesto "ese" tono de voz.

—Pero si no sé su nombre...

—Llámame López, y hazlo de "tú".

Aquello sorprendió a Susana. Ella esperaba un nombre y no un tú con apellido.

—¿Pero es que no tienes nombre de pila? —se atrevió a decir, lanzada como estaba.

—Es tan horrible que ya nadie lo recuerda. Si lo pronunciaras probablemente se vendría abajo el techo de la sala.

—¡Oh!, eso no — Susana bromeaba abiertamente— ¿Qué sería de mi reputación si nos encontraran aquí a los dos?

—Dirían que eres una *dircom* muy eficiente... eso siempre que aceptes cenar hoy conmigo.

—Pero ya te he dicho que no voy vestida para la ocasión...

—Cenaremos aquí... —dijo López haciendo un ademán con la mano mostrando el salón.

—Pero si yo no sé cocinar... En casa cocina mi madre... —replicó Susana decidiendo que no se iba a poner a cocinar para López... Estaba dispuesta a muchas cosas pero no a hacer de empleada del hogar.

—Podríamos llamarla... —ironizó López, que estaba a gusto con Susana.

—Cenaría con nosotros y tendría que irme con ella cuando acabáramos...

—Entonces mejor llamamos a un restaurante y ordeno que nos traigan la cena.

—¿Me vas a invitar a cenar pizza? —preguntó Susana, ya desinhibida, en un ataque de risa.

—No por cierto —rió a su vez López—. Hace años que no como una... Había pensado en mirar la carta por Internet y hacer que nos traigan la cena caliente, un servicio de *catering* para dos.

—Pues dejo mi cena a tu elección, y mientras tú miras a qué me vas a invitar yo he de ir al cuarto de baño.

—Mejor sube a cualquiera de los del piso de arriba, que el de aquí abajo es sólo para las visitas incómodas.

Y Susana se preguntó quien coño se iba a presentar a visitar a López en un lugar tan alejado, donde no se movía una mosca sin que un guarda la preguntara hacia dónde volaba.

Mientras la joven subía por la escalera de herradura López se conectaba a Internet y analizaba las ironías del destino. Los repentinos celos de Teresa habían propiciado la actual situación, y si bien en el encuentro no había nada decidido aún, cabía la posibilidad de que acabara con victoria del equipo que jugaba en casa; y posiblemente, si todo se daba bien, metiendo dos tantos, como el Rayo había hecho el día anterior. Porque con el equipo que tenía, un *hat-trick* ya sería demasiado; aunque jugando como local...